

WILLIAM GONZÁLEZ

Généalogie et Pragmatique: L'Homme à l'Épreuve de Lui-même.

París, L'Harmattan, 2003, 319 pp.

Juan Manuel Cuartas

Universidad del valle

Partiendo de una declaración en cierta medida incomprensible para el mundo moderno, que se ha venido acostumbrando a la penetración del conocimiento, el análisis y la versión sobre las causas como testimonio suficiente acerca de la situación del hombre en el mundo, el filósofo William González plantea al comienzo de su obra *Généalogie et Pragmatique: L'Homme à l'Épreuve de Lui-même*: “La filosofía no es el arte de la respuesta sino el de la problematización, de la puesta en perspectiva de un problema, del reconocimiento de lo que esto implica [...]. La filosofía es la pasarela, el puente, la unión entre varias maneras de problematizar una cuestión; sabe que toda respuesta acerca del hombre hace parte del problema, de lo que él es, de la manera como se observa y se representa”¹⁶⁴. Este presupuesto, inmensamente favorable al tipo de asuntos que indagará González, brinda a los lectores la libertad de ingresar en las múltiples discusiones que nos ponen sobre aviso las diversas teorías acerca del inacabamiento biológico humano, el sentido de sí, el reconocimiento social y la identificación del otro, o lo que González denomina: “el autismo pragmático” (que retrata los posibles accidentes de una desintegración tanto institucional como psíquica en el sujeto moderno).

La profusión de temas expuestos a lo largo de cinco capítulos y una conclusión, ofrece la imagen, apenas consecuente, de la inmensa veta de problemas advertidos por González en su procura por aportar versiones alternativas acerca de lo humano, terreno en el que se ha hecho cada vez

¹⁶⁴ “La philosophie n’est pas l’art de la réponse mais de la problématisation, de la mise en perspective d’un problème, de la reconnaissance de ceux qui s’impliquent [...]. La philosophie est la passarelle, le pont, le joint entre plusieurs façons de problématiser une question. Elle sait que toute réponse autour de l’homme fait partie du problème, de ce qu’il est, de la manière dont il se regarde et de représente”. William GONZÁLEZ. *Généalogie et Pragmatique: L'Homme à l'Épreuve de Lui-même*. L'Harmattan. París. 2003, 319 pág. 8. La traducción es mía.

más difícil desligar las consideraciones estrictamente antropobiológicas de la teoría del comportamiento social o del desmedido funcionalismo de las ciencias cognitivas. González es consciente de que es posible indagar la naturaleza humana bajo los auspicios de la nueva ciencia etológica, siguiendo de cerca las consideraciones de Arnold Gehlen (*El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*, 1987), Boris Cyrulnik (*Sous le signe du lien, une histoire naturelle de l'attachement*, 1989), y el ya clásico J. Von Uexküll (*Ideas para una concepción biológica del mundo*, 1922). Pero no basta. El ejercicio descriptivo comparativo de la naturaleza humana recogido de la biología denuncia con creces hasta qué punto hemos sobredimensionado lo humano, perdiendo la perspectiva que reclama un conocimiento ajustado a sus posibilidades de supervivencia. A este respecto, la pregunta a la que recurre González es la siguiente: “¿Cuál es la esencia del hombre en tanto que organismo? ¿Cuál es la esencia del hombre en tanto que estructura corporal?” No se trata, como se ve, de reduplicar la argumentación en favor del *a priori* kantiano fundado en la razón, como no tampoco, en un sentido cartesiano, de retornar a la concepción de un ser dispuesto bajo la impronta de su autor, dios. El recurso ahora es la observación del ser humano en su condición desnuda, como cuerpo biológico entregado al mundo, tratando de alcanzar a su vez demarcaciones importantes sobre cómo ese cuerpo se modeliza en orden a la cultura y a las tensiones del mundo social.

En el capítulo II, concentrado en la discusión en torno al mundo interpersonal y las raíces del lenguaje verbal, González sienta su posición en torno a tres de los matices más apologizados de la condición humana: su mundo interpersonal, su lenguaje verbal, en fin, la emergencia del sentido de sí mismo. González hace en su exposición especial consideración de las circunstancias epistemológicas que cumple el sonido, la resonancia intrauterina, la prosodia, o lo que denomina: “los gestos fónicos”, a favor de la valoración del ser humano he hacía Wilhelm von Humboldt como “ser canoro”, definición alcanzada a partir de su lectura de la inmensa variabilidad rítmica de las lenguas de todo el mundo. La discusión con la epistemología de orden visual que ha prevalecido en la filosofía occidental desde Aristóteles merece especial atención por ser la transmodalidad sensorial una de las tesis en torno a las cuales se estructura la argumentación filosófica de González en su libro.

A partir del capítulo III, reconocimiento social e identidad del otro, el interés se centra en la discusión acerca de la función del lenguaje, la teoría de la acción y todos aquellos factores que, del mito al diálogo, como lo expresa González, retratan la necesidad de alcanzar una

definición de la naturaleza humana en el marco de la interacción social. González adelanta aquí una extensa revaloración y crítica ceñida a la letra entre los teóricos de los actos de habla (J. Austin, J. Habermas, Michael Foucault y J. Poulin), intentando llegar a una visualización del horizonte problemático, expresado en los siguientes términos: “Vamos a mostrar, en el interior mismo de la teoría de la comunicación, las críticas que pueden ser dirigidas contra una filosofía que toma en serio la idea del consenso”¹⁶⁵. El ‘consenso’, tan ponderado en otros ámbitos académicos, particularmente entre los seguidores de la nueva teoría de la justicia expuesta por los filósofos norteamericanos contemporáneos, es retomado por González bajo el signo de la sospecha como un “abuso”: “¿Qué nos puede asegurar —pregunta— que el objeto de toda comunicación es obtener un consenso y nada más que eso?”; de manera más precisa, la ‘invocación mágica de un consenso’ puede estar dando ocasión una vez más a las tendencias absolutistas de reconocimiento, en las que la voluntad de unos pocos ganan en elocuencia y amedrentamiento, supuestas virtudes de la acción comunicativa.

La actitud inquisitiva de González avanza tras el fino propósito de resaltar la genealogía arqueológica de la cultura, que dejaron como tarea para la filosofía las celosas exposiciones de Nietzsche, Foucault, Deleuze; genealogía o arqueología que mostrará lo que González defiende como “una historia sin emergencia”, es decir, una historia sin más protagonismo que la construcción de la cultura con todos sus ingredientes; ejercicio del poder incluido; espacios de paz, revaloración de la condición humana, nacimiento del individuo postmoderno.

Para concluir, González orienta la argumentación hacia la que participó a lo largo de su obra como tesis central: “el hombre a prueba de sí mismo”; una cláusula acaso cínica pero definitiva para mantener encendidas las alarmas críticas sobre asuntos tan importantes como el animal biológico, el lenguaje, la comunicación y el individuo; la tesis se expone en los siguientes términos: “Si queremos escapar a esta suerte de patología de la modernidad, las dos tareas que deben darse los individuos a través de la comunicación son: 1) *reconocerse o no* en las normas de acción que reconocen haber seguido hasta el momento inconscientemente. Esto implica, para el saber histórico, haber recurrido

¹⁶⁵ Nous allons montrer, de l’intérieur même de la théorie de la communication, les critiques qui peuvent être dirigées contre une philosophie prenant aux sérieux l’idée de consensus”.

Ibid., p. 183. La traducción es mía.

a una genealogía arqueológica como la que propone Foucault, pero sin ser en absoluto el objeto de la vida, es la liberación del juicio histórico de los miembros sociales; 2) *corregir* este reconocimiento adaptando reglas y normas que produzcan un reconocimiento de todos. Solamente así el sujeto *teórico* puede hacer corresponder lo que *dice* con lo que *quiere*”¹⁶⁶.

¹⁶⁶ Si nous voulons échapper à cette sorte de pathologie de la modernité, les deux tâches que doivent se donner les individus à travers la communication sont: 1) *se reconnaître ou non* dans les normes d'action qu'ils reconnaissent avoir suivies jusqu'ici inconsciemment. Cela implique, pour le savoir historique, d'avoir recours à une généalogie archéologique comme celle que propose Foucault, mais elle n'est plus le but de la vie, elle est la libération du jugement historique des partenaires sociaux. 2) *corriger* cette reconnaissance en adaptant des règles et des normes qui produisent une reconnaissance de tous. Seulement ainsi le sujet *théorique* peut faire correspondre ce qu'il *dit* avec ce qu'il *voit*". *Ibid.*, pp. 293-294. La traducción es mía.